

## LA COCINA DE LA ABUELA

Uno de los primeros recuerdos de Lara en la cocina de su abuela fue el día que su abuelo desapareció. Claro que ella eso todavía no lo sabía. No tenía más que seis años y un enorme plato de carrilleras guisadas frente a ella. Aquel era un auténtico banquete de los que no estaban acostumbrados a cenar. ¿Cómo iba a fijarse en que su abuelo no estaba? No sería la primera vez que llegaba para la entrada del postre, y Lara ya solía estar dormida. Pero su abuelo tampoco se presentó al día siguiente, ni al siguiente, y al final su familia dejó de guardarle un lugar en la mesa y mencionarlo en las conversaciones.

Lara no lloró. La ausencia de su abuelo fue tan significativa como arrancar un día en el calendario: una muestra del paso del tiempo, perdida en la inquebrantable cotidianidad de la rutina. Él dejó de estar, pero Lara no dejó de vivir. Y de repente habían pasado días, meses, años, y aquel amargo recuerdo se disolvió entre los otros miles de sabores con los que su abuela le deleitaba el paladar.

Así como pensar en su abuelo solo le evocaba un difuso olor rancio, su abuela estaba presente en cada rincón de esa cocina. En los asideros de madera de los cajones, suavizados por sus manos; en el meticuloso orden de las especias; en la silla que ya tenía su forma; en los azulejos que había pintado cuando no estaba ocupada entre fogones. Su abuela estaba en todas partes, porque se había esforzado en dejar su huella. Y ahora que se había ido, aquellos tesoros alterados por su presencia duplicaban su valor.

Lara siempre le había escuchado decir que el plato de su vida estaba formado por todos los sabores que había aprendido de quien tuvo la fortuna de probar de él. Las personas no eran más que un pequeño ingrediente de un menú más grande y, por lo tanto, una pérdida era fácil de arreglar con algún nuevo aderezo.

A Lara le gustaba esa filosofía. Ayudó a mitigar el dolor provocado por su abuelo y, más tarde, el adiós a su perro. Lo que no había tenido en cuenta es que la clave para que funcionase, era tener a alguien que la sostuviera. Y ese alguien había sido su abuela, fuerte y robusta como un árbol, proveedora de sombra, cobijo y sostén; inamovible como un faro, siempre erguida proyectando su guía.

Ahora, no quedaba nadie que la apoyase. Sus padres, a todas horas ocupados en gritarse el uno al otro, encontraban poco tiempo para dirigirle alguna mirada o abrazarla, y mucho menos para escucharla.

Por primera vez, Lara tendría que mirar al dolor a los ojos. Sin ayuda. Sola.

Aunque su abuela ya había prevenido aquello.

Su regalo, mejor llamado legado, no era para cualquiera. Era exclusivamente para Lara, y la esperaba en el rincón que tantas veces había sido testigo de la complicidad entre abuela y nieta. No era fácil verlo a primera vista pero, por suerte, ella conocía cada secreto de aquella cocina, a la que había vuelto tras la dolorosa noticia. Aquella estancia sobre la que había reinado, que llevaba su firma en cada esquina, era lo más cerca que podía llegar a estar de su abuela.

Lara se esforzó por recorrer la vida que había trascendido entre aquellas cuatro paredes, antes de que esta se evaporara del todo hasta los más remotos confines de su conciencia: el día en el que le había enseñado a guisar para celebrar la marcha de su patrón, cuando su padre le cortó el pelo mientras su abuela reía, esconderse con su abuela de su abuelo bajo la mesa, el banquete de despedida el último día que lo vio... Todos los recuerdos los cubría la sensación agrídulce de un secreto no revelado, un dolor latente y compartido al que Lara aún no había accedido.

Al final, fue el hambre el que interrumpió el duelo que las lágrimas no habían podido pausar. Con más apetito que ganas, Lara se decantó por la salida fácil. No tenía ánimo de prepararse nada, pero si algo tenía que tener de bueno la ausencia de su abuela, es que nadie la reñiría si cogía uno de los dulces prohibidos que guardaba al fondo de una estantería, lejos del alcance de la pequeña Lara.

Su abuela iba dos pasos por delante hasta en aquello. En vez de la caja que se esperaba encontrar, los dedos de Lara tocaron con un grueso libro cosido a mano. “*Las recetas de Araceli*” decía en la cubierta. “*Para Lara*”.

Incapaz de soltar el más mínimo aliento, la chica abrió el último regalo de su abuela. Los innumerables manjares que habían marcado su infancia se pasearon frente a sus ojos, evocando con una simple imagen anécdotas e historias de las que Lara nunca se olvidaría: pimientos rellenos, filetes a la naranja, la carne en salsa que tanto le gustaba... Y, entre todas aquellas delicias, una carta con la inconfundible letra de su abuela.

\*\*\*

Hola cariño. Si estás leyendo esto es que ya ha sido hora de pasar el delantal a otra persona. Y no se me podría ocurrir nadie más fuerte y merecedora de mi legado y secreto que tú, mi pequeña Lara.

Antes de empezar a leer, quiero que sepas que en estas páginas vas a encontrar más de lo que nunca te he podido demostrar. Esta soy yo. Esta es mi esencia. Como ya sabes, cada persona es un ingrediente más en el menú de la vida. Así que supongo que esta es la humilde aportación del emplatado de mi sabiduría.

Durante toda mi vida me han llamado artista infinitas veces. Mis platos parecen haber ablandado miradas, corazones y, sobre todo, estómagos, arrancando tales piropos de las bocas que los probaron. Pero cuando me miro en el espejo, no veo nada artístico en mí. Veo un rostro cansado y magullado que el tiempo ha ido llenando de arrugas.

No soy ninguna artista. Tan solo soy una pobre ama de casa que ha encontrado en la cocina un pequeño oasis de paz. Lejos de las injusticias y dolores que acechan más allá de estos fogones, mis platos eran mi manera de explorar el mundo, tanto para conocerme a mí misma, como para descubrir a los demás.

Cada una de las comidas que vas a encontrar en este libro es tan única como la persona que la ha inspirado. Por ejemplo, a mi patrón siempre le gustaron los filetes, y tu abuelo era más de guisos. Eran hombres firmes y decididos, mi patrón y mi marido. Hombres con las cosas claras y los pies en el suelo. Puede que nunca recordaran mi cumpleaños, pero si algo tenían claro es cómo les gustaba la carne. Y no quisiera yo que estuviera pasada de su punto, no, no. Mis reflejos nunca fueron buenos, hija, y ellos sabían cómo conseguir lo que querían. Afortunadamente, mis años de dedicación me ayudaron a pulir mi técnica, cosa que no hubiese sido posible sin aquellos que me empujaron a superarme, una y otra vez, hasta conseguir el plato perfecto.

Sí, tengo mucho que agradecerles, a ellos, y a todos los que me trataron así. Digamos que esta es mi carta de gratitud hacia ellos de la misma manera que es mi despedida hacia ti, cariño. Sin ellos, nunca habría descubierto de lo que era capaz.

No me quiero alargar más. No voy a mentir que me aterroriza que descubras esto, pero creo que mereces saber la historia de la familia y que tú tomes la decisión de qué hacer a continuación. Hasta siempre, pequeña.

\*\*\*

Lara no entendía nada de aquello. Las recetas eran un bálsamo para su dolor, pero la nota le otorgaba a ese regalo una dosis de responsabilidad que no había pedido. ¿A qué narices se estaría refiriendo su abuela? ¿De qué tenía miedo? ¿Qué quería de ella?

La chica pasó las páginas mil veces buscando un significado oculto, hasta que sus dedos se detuvieron en la foto de aquel plato de carrilleras que evocaba su primer recuerdo en aquella cocina. Estaba deseando volver a saborearlas, degustar la inocencia de una infancia ya olvidada. El sabor de la carne inundó sus papilas.

Entonces cayó en la cuenta. El secreto de su abuela se escondía entre las líneas de esa receta, donde, en su lecho de muerte, le había confiado, solo a ella, dónde había ido su abuelo aquel día hace tantos años.